

Los niños terribles



Alfredo
Cardona
Peña

Nada más horripilante que un niño serio, científicamente educado, que invariablemente obtiene diez de promedio en aplicación y buenos modales. ¡Monstruos! Con el tiempo, esos niños suelen fracasar en la vida. Yo, que fui un niño cruel y

perverso, pues me divertía en atravesar el cuerpo de los grillos con alfileres, como Nerón, y en destrozlar los muebles con navajas de rasurar, puedo atestiguarlo. Nada más triste que la clásica imagen del niño martirizado por el profesor de matemáticas a domicilio, sin camaradas, mientras cae la nieve y escucha el alegre tintinar de los carros invernales, o los gritos de los muchachos que gritan en la calle con pelotas improvisadas. La pedagogía, un tiempo, fue tan tenebrosa como el primer milenio que nos cuenta Michelet. (A Michelet, tan olvidado, habremos de volver un día de estos).

Las madres crueles, frías, indolentes e incomprensivas, felizmente no suelen abundar. Pero las que conocemos nos ponen los pelos de punta. Ejemplo: la de Balzac. Hay que leer las cartas del novelista sobre este asunto doloroso. Quiere huir de ella como de una arpa. En cambio, la madre de Proust era un hada. Tanto, que fascinó al niño, con todos los peligros que esa fascinación supone.

Pero dejemos los hechos célebres. No encontramos la razón de que al escribir sobre psicología infantil, los autores recuerden los casos famosos, los chicos prodigios, para recurrir al ejemplo. Pues los genios in-

fantiles son tan raros e insoportables como puede serlo una criatura de otro planeta. Ahora los biólogos y psicólogos estudian las zonas misteriosas e inexploradas del cerebro para establecer, tímidamente, las bases de una ciencia nueva, la parapsicología, que será —dicen— la próxima gran revolución. “Falta un Einstein de la psicología”, afirman. Y yo creo seriamente que tienen razón.

Los pedagogos, psicólogos y filósofos racionalistas, herederos del cartesianismo oficial, no han aportado mayores luces; éstas se perciben magníficas en las inteligencias intuitivas y creadoras.

Hay una literatura con temas infantiles que no es para niños; una literatura que, basada en la observación y olvidando las “normas”, toca los centros nerviosos del problema y pone a vibrar el timbre de la atención.

¿Conocen ustedes la obra de H. H. Munro? Este escritor, nacido en Birmania y educado en Inglaterra (por lo que recuerda el caso de Rudyard Kipling), hizo famoso el seudónimo Saki (no inventado por él, pues lo tomó del Rubayat, de Omar Khayyam). Está considerado como uno de los más grandes cuentistas del mundo, y Morley afirma —con justicia— que es un auténtico “maestro de la sorpresa”.

El profesor Richard Corbin, estudioso de Saki, advierte que uno de los aspectos más interesantes de su obra, lo constituyen aquellos cuentos sobre niños que se encuentran confundidos por los adultos, o que están en abierta oposición con el mundo de los adultos. Asimismo destaca las siguientes cualidades: “Extraordinario y fino sentido del humor; amor a los animales y a las bromas; interés por lo sobrenatural; habilidad para satirizar las debilidades humanas con encanto y

malicia elegantes, además de un maravilloso sentido irónico”. Todo esto, efectivamente, encontramos en Saki, pero también algo más: una teoría inconsciente, mágica, sobre lo que debe ser la educación infantil. He aquí que este escritor, trabajando con fruición sus temas de horror, nos regala una obra maestra de pedagogía en el breve relato titulado **El cuentista**.

Es una defensa al supuesto “lado malo” de los niños, ridiculizando, de paso, a aquellos interventores que los corrigen a cada minuto, invocando eternamente la docilidad y el amor al estudio. En síntesis, nos relata el caso de una niña “buena” que lleva sobre el pecho dos medallas, trofeos de su aplicación y buena conducta. A la niña le regalan, además, un bello jardín, mas una vez en él se ve perseguida por el conocido lobo feroz. La niña se sube a un árbol, se esconde en las ramas... El lobo, abajo, está a punto de abandonar su presa, pero las dos medallas, por las palpitaciones nerviosas de la chica, comienzan a temblar y a chocar entre sí. La fiera escucha el ruido metálico, y ya no la abandona. ¿Qué hubiese sucedido si la niña no llevara consigo esas dos medallas, emblemas de su perfección? Sencillamente, no habría sido devorada. Los que escuchan el cuento —dos chiquillos que, como Pepito, son unos demonios— aplauden a rabiar en el interior del vagón en donde el cuentista les ha narrado lo anterior, y que antes de escuchar la fábula no dejaban dormir a los pasajeros, con sus continuos gritos y preguntas odiosas. La hija solterona que acompaña a los niños —a la que como leche de tres días— pone el grito en el cielo, acusando de inmoral a tabulista, pero este le dice: “Señora, ¿no se ha mantenido callada durante diez minutos, cosa que usted me ha logrado durante muchos años”.